



LA TAREA FILOSÓFICA DEL AJEDREZ*

Francisco J. Fernández

Resumen

En este artículo se propone una reflexión sobre la biblioteca de un ajedrecista. Esta reflexión implica clasificar los libros que tienen el ajedrez por tema. Al mismo tiempo, se proponen ciertos tratamientos conceptuales diferenciados a la hora de encarar el reto que supone el ajedrez.

Abstract

This article proposes a reflection on a chess player's library. This reflection involves classifying the books that have chess by topic. At the same time, certain differentiated conceptual treatments are proposed when facing the challenge posed by chess.

Palabras clave: ajedrez, jugador de ajedrez, biblioteca.

Key words: chess, chess player, library.

Trop sérieux pour un jeu, trop futile pour une science

GUSTAVE FLAUBERT

*Una primera versión de este artículo se publicó en el volumen colectivo compilado por Esteban Jaureguizar, *Ajedrez, Arte y cultura*, Udelar/SCIBU, 2023, pp. 131-153.



La biblioteca

Los cientos, los miles de libros que de alguna forma tienen al ajedrez por motivo conforman una totalidad inmensa, difícil de abordar no solo empírica sino teóricamente. En efecto, son tantos los asuntos tratados, las perspectivas que se observan que, de primeras, no parece haber forma de apresar esa multiplicidad de volúmenes en unas pocas categorías en virtud de las cuales pudieran ser clasificados a la par que comprendidos.

Ejemplos extraídos de mi propia biblioteca servirán para sugerir el problema en la medida de lo posible. Por no cansar con la abundancia, me concentraré solamente en algunos de los libros que tengo y he leído, es decir, no en apariciones incidentales en tal o cual obra (con ser frecuentemente muy ilustrativas: Saussure, Poincaré o Feynman, por no hablar de Frege, Cassirer o Wittgenstein) o en artículos académicos, con ser muchos de ellos de excepcional interés (estoy pensando en Zermelo¹, Borel² o Shannon³, en Greenberg⁴, García Calvo⁵ o Redondo Reyes⁶) ni en otro tipo de textos menores.

Me voy entonces a por los cinco tomos de la *Enciclopedia de aperturas de ajedrez* (la antaño llamada Enciclopedia yugoeslava) o a la 14.^a edición de las *Aperturas modernas de ajedrez* a cargo de Nick de Firmian, al *Tratado de ajedrez* de Louis Charles De La Bourdonnais, a colecciones de partidas de Bobby Fischer (*My 60*

¹Zermelo, 1913.

²Borel, 1921.

³Shannon, 1950.

⁴Greenberg, 1971.

⁵García Calvo, 1990.

⁶Redondo Reyes, 2008.



memorable games), a los tres tomos de las de Botvinnik, a Tarrasch (*Trescientas partidas de ajedrez*), a manuales como el de Emmanuel Lasker o a colecciones de torneos, como el de San Sebastián, 1911, Estocolmo, 1919, AVRO, 1938 o Palma de Mallorca, 1970; me voy a historias del ajedrez como alguna de Julio Ganzo o a la monumental *Mis geniales predecesores* de Kasparov, etc. Como me parece que todos ellos son afines, hago con ellos un montoncito. Me muevo por entre las estanterías y me encuentro a continuación con nuevos volúmenes: *La psicología en ajedrez* de Nikolai Krogius (1971) o *Ethnologie des joueurs d'échecs* de Thierry Wendling (2002) o *Ajedrez y matemáticas* de Bonsdorff, Fabel y Riihimaa (1974). Juzgo que les corresponde un lugar distinto al recién apilado, pues la perspectiva desde la que han sido escritos no es internamente ajedrecística, como en los anteriores, sino que se aborda el juego desde una disciplina particular: la psicología, la etnología o las matemáticas, respectivamente. Me pregunto si las historias del ajedrez que antes había mencionado deberían acompañarlos, pero no me decido a ello ni tampoco lo descarto del todo porque ahora estoy pensando más bien en estudios como los de José Brunet y Bellet (2005), Calvo (1997) o Garzón (2015), por ejemplo, que inmediatamente apilo en este nuevo montón. Pero resulta que hay más libros que no parece que quepan ni aquí ni allí, sino que reclaman un montoncito nuevo: *El juego del ajedrez*, por ejemplo, del lombardo del siglo XIV Jacobo de Cessolis (2006), *Campos de fuerza* de George Steiner (2004), *Cómo la vida imita al ajedrez* de Kasparov (2007) o *Fianchetto (El ajedrez como una de las bellas artes)* de Hugo Vargas (2015), entre una docena larga de libros más, como las deliciosas anécdotas que Fernando Arrabal relata en sus *Crónicas de ajedrez* (1994). Si el ensayo no es más que un género literario, entonces, con mayor razón, las novelas de ajedrez (a



menudo llevadas al cine con menos que poca gracia) también deberían entrar aquí: *La torre herida por el rayo* de Fernando Arrabal⁷ o la *novela* de Miguel de Unamuno (*La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez*), la archiconocida de Stefan Zweig (*Schachnovelle*), Vladimir Nabokov (*La defensa*), Arturo Pérez Reverte (*La tabla de Flandes*) o Walter Tevis (*Gambito de dama*), entre muchas otras absolutamente prescindibles, pero que mi incomprensible pulsión ajedrecística me llevó a leer en su momento. De hecho, no me olvido de relatos y cuentos⁸, como el divertidísimo de Woody Allen «Cómo acabar con el ajedrez» o el luxemburguiano «Un combate» de Patrick Süskind o el rijoso «Jaque mate» de Jeffrey Archer. Se da la circunstancia curiosa de que muchas de estas narraciones incluyen textos de partidas, asunto en el que no me detengo ahora. Pero es que restan todavía una serie de libros de tendencia pedagógica y práctica, frecuentemente orientados a la infancia y al ámbito escolar o educativo, con idea de hacer posible la controvertida noción de transferencia, es decir, la capacidad didáctica que el ajedrez tendría para vehicular contenidos y competencias, por no hablar de valores. Nuevo montón. Aquí coloco: *Educando desde el ajedrez* de Ferrán García Garrido (2001) o *Las transversalidades del ajedrez* de Joaquín Fernández Amigo (2016). Me doy cuenta de que no tengo demasiados de este estilo, pero sí los suficientes como para hacerme una idea bastante aproximada.

⁷Esta novela ha recibido recientemente atención en el libro de Ernesto Castro, *iEl gran Pan ha muerto! Palimpsestos todológicos* (Castro, 2022).

⁸VV. AA., 2005.



Las dudas

Satisfecho de la distribución, empiezan a rondarme, empero, algunas dudas. La primera hace referencia a la singularidad de mi propia biblioteca. La he ido conformando a lo largo de los años según capricho, así que es posible que, a pesar de lo nutrida pero no excepcional que es, tal vez no dé cuenta exacta de la complejidad del problema. Además, no todos los he leído con igual atención y aprovechamiento, por lo que puede que se me hayan escapado matices importantes. La segunda duda tiene que ver con que algunos textos tienen una naturaleza híbrida. No solo porque mezclen diferentes disciplinas, como *Metáforas de ajedrez (La mente humana y la inteligencia artificial)* de Diego Rasskin Gutman (2005), la colección de ensayos *Échiquiers d'encre. Le Jeu d'échecs et les Lettres (XIX-XX s.)* (1998) o *Jeu d'échecs et sciences humaines* de Jacques Dextreit & Norbert Engel (1984), sino porque esta mixtura hace que algunas partes deban estar en unos montoncitos y ciertas otras, en otros. Por ejemplo, ¿dónde situar el libro de Lars Bo Hansen, *Fundamentos de la estrategia ajedrecística*? En principio, da la impresión de que su perspectiva es puramente interna, pero resulta que se vale de herramientas conceptuales que no son propiamente ajedrecísticas, sino disciplinares. No en vano el subtítulo es *Aplicación de los métodos de negocios al ajedrez*. Otro caso, ¿dónde situar los dos tomos de la edición y traducción que el padre jesuita Félix M. Pareja Casañas hizo en 1935 del *Libro del ajedrez, de sus problemas y sutilezas* de un autor árabe desconocido? ¿Dentro de las obras meramente ajedrecísticas? ¿De las históricas? ¿Y cómo interpretar las consideraciones de tipo ontoteológico que contiene?



Espanto tales vacilaciones y me concentro en aquello que considero que desprende alguna certidumbre. Se me ocurre (siguiendo una sugerencia de Rafael Sánchez Ferlosio⁹ en torno a diferentes espectáculos y otra del propio Lars Bo Hansen¹⁰ para clasificar los diferentes tipos de jugadores) armar una matriz dos por dos que refleje los cuatro montones conseguidos. Falta encontrar las categorías que servirían para organizarlos más allá de mi subjetiva primera impresión. Una de ellas debería hacer referencia al hecho de que el objeto sea el propio ajedrez en tanto que dispositivo de un juego, mientras que la otra a aquello que lo rodea como dispositivo. Se me ocurre entonces hacer como los arquitectos: distinguir entre lo delineado dentro y lo que se encuentra fuera pero se relaciona con lo anterior, es decir: entre el *dintorno* y el *entorno*. Ya tengo dos categorías para mi matriz. Faltarían otras dos. En este caso, deberían dar cuenta de la perspectiva desde la que se estudia el ajedrez. Una de ellas debería ser interna, es decir, hecha desde dentro del pensamiento ajedrecístico, una suerte de discurso de primer grado; la otra más bien externa, hecha desde una disciplina ajena, no definida por esa ocasional dedicación. Acudo a la tradición y pienso en el doblete inmanente/transcendente, pero está tan ligado a las doctrinas de Kant que renuncio al poco tiempo porque no quiero introducir representaciones espurias¹¹. Me conformo entonces con interno/externo, pero no puedo dejar de pensar que pisa la distinción dintorno/entorno, por lo que me veo obligado a

⁹Sánchez Ferlosio, 1981.

¹⁰Bo Hansen, 2007.

¹¹«Llamaremos *inmanentes* a los principios cuya aplicación se circunscribe totalmente a los límites de la experiencia posible. Denominaremos *transcendentes* a los principios que sobrepasan esos límites» (Kant, 2014, A 296, p. 276).



renunciar otra vez. Caigo en la cuenta entonces de que los libros son algo que se lee y de que el ajedrez tiene una escritura particular, hasta el punto de que alguna vez se ha tomado como criptografía (para desdicha de algún ajedrecista, tomado por espía). Pero es que caigo asimismo en la cuenta de que en tales libros se habla del ajedrez o bien para dar cuenta del desarrollo concreto del juego o bien para ejemplificar determinada cosa ajena a ese desarrollo. Así las cosas, *texto* entonces para lo primero y *ejemplo* para lo segundo. Cuatro huecos por rellenar. Hagámoslo. Lo horizontal reservado para aquellos libros que o bien toman como objeto de estudio reflexionar sobre el interior del juego (*dintorno*) o bien su objeto de estudio es más bien exterior a este (*entorno*). Lo vertical reservado para aquellos libros que o bien reflexionan sobre lo que el juego concreto proporciona (*texto*) o bien lo hacen desde una perspectiva en la que el ajedrez solo es ocasión (*ejemplo*). Con la sospecha siempre cerniéndose de que todos estos conceptos no sean sino *frigidae distinctiones*, la matriz no obstante quedaría más o menos así, con el añadido de algunos pocos ejemplos significativos que el lector puede continuar a discreción ya sea con los ejemplos aquí proporcionados o ya con los que él mismo disponga.

Biblioteca de ajedrez	Texto	Ejemplo
Dintorno	<i>Enciclopedia de aperturas de ajedrez</i> <i>My 60 memorable games ...</i>	<i>Psicología del jugador de ajedrez</i> <i>Ethnologie des joueurs d'échecs...</i>



Entorno	<i>Educando desde el ajedrez</i> <i>Las transversalidades del ajedrez...</i>	<i>Campos de fuerza</i> <i>Cómo la vida imita al ajedrez...</i>
---------	---	--

Me pregunto a continuación por el papel que la filosofía ha de jugar en este tinglado. Después de todo, la razón de este escrito es que he sido interpelado en este preciso sentido. Por tanto, ¿en qué podría consistir una aproximación filosófica al ajedrez? No hay pregunta más insidiosa, por lo que vuelvo a rebuscar en mi biblioteca y me encuentro con que algunos libros parecen responder a lo preguntado. Efectivamente, algunos de estos contienen las palabras *filosofía* y *ajedrez* en el título¹²: *Petite philosophie du joueur d'échecs* de René Alladaye o el decimonónico *The philosophy of chess* de William Cluley (1857) o el volumen colectivo *Philosophy looks at chess* (2008). Desde hace tiempo tengo noticia incluso de uno que no he conseguido leer todavía: el de Josef Seifert, *Schachphilosophie: ein Buch für Schachspieler, Philosophen und «normale» Leute* (1989), y hasta de otro del que no sé más que lo menciona Ezequiel Martínez Estrada: W. Junk, *Philosophie des Schachs*. La pregunta se impone. ¿Dónde situarlos? ¿Qué montoncito les corresponde? ¿Qué lugar de la matriz daría cuenta de ellos? Desde luego, no parece que estudien el juego en sí mismo. La verdad es que se aprovechan pocas veces de los textos de las partidas, pero también es cierto que extraen a menudo lecciones del juego en general, lecciones que se apresuran a aplicar a otros

¹²Véase la colección de textos de Ezequiel Martínez Estrada, *Filosofía del ajedrez* (2008) o el muy teológico de Mariano Ezcurra Gonzalvo, *Filosofía del ajedrez* (1950).



ámbitos, demostrando en muchas ocasiones notable ingenio (Alladaye compara con gracia las reglas del método de Descartes con las instrucciones de Alexander Kotov). Su naturaleza aparenta ser una mixtura de entorno y ejemplo. Se mueven por tanto entre la exterioridad y la ejemplificación, aunque también sea verdad que a veces bizquean hacia otras casillas de la matriz para escaramuzar por ellas. Así, por ejemplo, el molestísimo volumen de un tal Francisco J. Fernández, *El ajedrez de la filosofía* (2010), dado que combina como le viene en gana vivencia personal, aplicaciones pedagógicas, consideraciones históricas y eruditas, análisis puramente ajedrecísticos y estudios lingüísticos o metamatemáticos, pero en general no es el caso. En resumidas cuentas, que el discurso filosófico no haría otra cosa que ejemplificar externamente, lo que conduce a una triste conclusión: su tratamiento del ajedrez sería esencialmente metafórico. El ajedrez para el filósofo no sería más que la oportunidad de aprovecharse de una metáfora prestigiosa y singular y superfetatoria, pero metáfora al cabo.

Un rodeo socrático

Considero que hay cierta indignidad en este papel de la filosofía, no se ajusta a la ambición histórica de la disciplina, incluso si no la tiene ya ahora. ¿Cabe salir de manera digna de esta situación? Para contestar a esta pregunta hay que dar un pequeño rodeo. La intención de este es sugerir que en efecto el problema viene de más lejos y que hasta cierto punto es tan constitutivo como problemático. Veamos. En un breve diálogo de Platón, de los considerados espurios o de dudosa autoría, *Los enamorados*¹³ (también conocido por *Los rivales*), pero no por ello menos interesante, Sócrates se ve

¹³Platón, 1985, pp. 75-88.



comprometido a especular con una idea que le lanza su interlocutor:

No sé si me hago cargo, dije, de cómo es el filósofo u hombre de ciencia al que te refieres: que me parece que quieres decir algo como lo que en la competición deportiva son los pentatlos o gimnastas de cinco juegos con respecto a los corredores o a los luchadores; pues también ellos son inferiores a éstos en los ejercicios respectivos y se clasifican detrás de ellos, pero son los primeros de los demás deportistas y los vencen [en los juegos que no son propios de cada uno de ellos]. Acaso quieras decir que es algo así lo que el investigar por filosofía les proporciona a los que se dedican a esa ocupación, que con respecto a los primeros en la inteligencia de las técnicas o ciencias quedan inferiores, pero llevando en ella el segundo premio, están por cima de los demás, y que así viene a ser algo como un subcampeón en todas las ciencias el hombre formado en filosofía; a un hombre de ese tipo me parece que es al que apuntas¹⁴.

Como es sabido, el pentatlón de los antiguos constaba de cinco pruebas: una carrera de corta distancia, salto de longitud, lanzamiento de disco, de jabalina y una prueba de lucha. Aristóteles, por ejemplo, justipreciaba la belleza de estos atletas en un pasaje muy conocido de su *Retórica*¹⁵. Pero, con independencia de ello, el

¹⁴Platón, 1985, pp. 81-82.

¹⁵«La belleza del joven consiste en tener un cuerpo útil para los ejercicios fatigosos, así los de carrera como los de fuerza, y que además resulte placentero de ver para disfrute [de los espectadores]. Por tal motivo, los jóvenes más bellos son los que actúan en el pentatlón, ya que por



asunto nos interesa porque el estatuto de la propia filosofía era sometido a crítica. Efectivamente, Sócrates extraía, tras algunas dudas¹⁶, las consecuencias del planteamiento de su rival. La conclusión es que el filósofo debería «estar ducho moderadamente en todas». No sería tan rápido como el velocista ni tan potente como el lanzador ni tan ágil como el saltador ni tan fuerte como el luchador, pero los vencería en disciplinas que no fueran las suyas. Sería una suerte de ilustre segundón. Si continuamos leyendo el diálogo, nos daremos cuenta no obstante de que tal panorama no satisfacía del todo ni a Sócrates ni a, probablemente, Platón. No es de extrañar por tanto que, con toda la ironía de que es capaz (casi sarcasmo, contra su costumbre), Sócrates se conmine:

Ea ya, sepamos de una vez, si es verdad lo que dices, en qué será en lo que sean útiles esos nuestros subcampeones. Pues es evidente que al menos con respecto a cada uno de los que poseen las técnicas particulares el hombre de filosofía es de menos valor¹⁷.

Sin embargo, la solución es aporética, como quizá cupiera esperar de este tipo de diálogos donde el recuerdo de Sócrates estaba aún muy presente. Al final del mismo no llegamos a saber ni cuál es el verdadero concepto de filosofía ni la auténtica tarea del filósofo; tan solo que muy lejos «se nos queda el filosofar de ser una abundancia

naturaleza están igualmente dotados para los ejercicios de fuerza y de velocidad.» (Aristóteles, 1990, 1361 b, p. 210)

¹⁶«Le pregunté, por otra parte, si no era imposible que aun sólo dos técnicas que fuera las aprendiese de ese modo un solo sujeto, cuanto menos muchas y de importancia» (Platón, 1985, p. 81).

¹⁷Platón, 1985, p. 82.



de conocimientos y un ocuparse de las técnicas o ciencias»¹⁸, es decir, que lo máximo que alcanzamos a partir de la lectura de este diálogo es un saber negativo. No se trata de eso. Pero entonces ¿de qué se trata? No creo exagerar si digo que esa pregunta ha sido respondida mil veces y otras tantas ha sido discutida. El Platón más maduro apostó por la dialéctica como ciencia propia del filósofo, Aristóteles se devanó los sesos en sus libros llamados metafísicos sin llegar a especial conclusión. Más tarde, la filosofía se convirtió en *ancilla theologiae*, es decir, en sierva de la teología. Se salió de esa situación más o menos a partir del siglo XVII, quizá un poco antes con Francisco Suárez, el *doctor eximius*, pero coincidió con la creación de la física matemática (todavía Newton, en 1687, titulaba su libro *Philosophiae naturalis principia mathematica*) y el crecimiento exponencial, siguiendo este modelo, de ciertas ciencias particulares (o filosofías segundas, notable sarcasmo), que se dieron toda la prisa del mundo en separarse unas de otras y respecto de un tronco común. En consecuencia, la ecuación *Philosophia = Scientia* estaba a pique de romperse a pesar de que Descartes y el propio Leibniz, quizá los últimos que la mantuvieron contra viento y marea, lucharon denodadamente para que no se produjera. En vano. Tal ruptura se produjo definitivamente en el XVIII y se llevó consigo el prestigio que la metafísica (o filosofía primera, como todavía decía Descartes) pudiera tener. Fue más o menos entonces cuando el término *scientificus* comenzó a extenderse. Al mismo tiempo, convenía olvidar que el término *científico* no era más que una controvertida traducción de Boecio (*circa* 480-524/525 d. C.) para una clase de silogismos aristotélicos (los que producían saber) y no algo relativo a la ciencia en general, que fue el significado que

¹⁸Platón, 1985, p. 88.



finalmente se impuso y aún impera. Los intentos por resucitar la ambición filosófica (Hegel en cierto sentido; Husserl, inventándose un nuevo objeto y una nueva perspectiva, la fenomenología –de la que derivarían en cierto modo escuelas hermenéuticas varias–; Heidegger con la pregunta acerca del sentido del ser) fueron apenas algo más que flores de un día, de tal manera que en la actualidad el panorama deambula cariacontecido entre varias soluciones: la primera, que el objeto de la filosofía sea su propia historia; la segunda, volcar la atención sobre la razón práctica, es decir, reflexiones de tipo moral o político, lo que lleva a muchos filósofos a considerarse éticos antes que otra cosa y a no ahorrarse ir predicando valores; la tercera, concentrarse en la lógica (y ramas afines como la metodología de la ciencia), pues sería lo único que respondería con rigor a un discurso científico (ideal de la filosofía como ciencia estricta); la cuarta, hacer de la filosofía un género literario, sin más pretensiones conceptuales ni vocación sistemática; la quinta, decidirse de una vez por todas por declararse un discurso de segundo grado (*cf.* Gustavo Bueno), es decir, un discurso que reflexionaría sobre los materiales que proporcionan los discursos de primer orden (las diferentes ciencias y saberes de toda laya). De todas estas posibilidades hay conspicuos representantes que el lector sabrá localizar y formas institucionalizadas donde cristalizan. Asimismo, como *rara avis*, algunos intentos contemporáneos por repensarlo todo y dar con algún tipo de solución más satisfactoria (Alain Badiou, verbigracia¹⁹).

¹⁹Véanse, por ejemplo, *Manifeste pour la philosophie* (1989) y *Second manifeste pour la philosophie* (2010).



La biblioteca, otra vez

No puede ser este el lugar para resolver (?) tales cuestiones, porque lo que aquí nos interesa es otra cosa, relacionada pero otra. Después de todo lo único que pretendo es ordenar mi biblioteca de libros de ajedrez e introducir cierta racionalidad en ese *totum revolutum*. Cada uno de ellos es, por otra parte, relativamente independiente entre sí (aunque muchos de ellos se cruzan mediante el procedimiento de la cita textual, como *Los secretos de la estrategia moderna en ajedrez* de John Watson con *Mi sistema* de Nimzowitch o como el *Piense como un gran maestro* de Alexander Kotov con *Ajedrez de torneo (Zürich, 1953)* de David Bronstein, por ejemplo, pasándoles un poco como a las obras de Crisipo de Solos, que escribía sus libros con las citas de otros). El hecho de que estén relativamente juntos en las estanterías (mera relación de contigüidad) obedece además a criterios poco claros y algunos viajan en ocasiones de estas a otras, como si tuvieran vida propia. Por ejemplo, *Jouer et philosophe* de Colas Duflo (1997) a veces está por allí mismo y otras veces me lo encuentro al lado del *Homo ludens* de Johan Huizinga (1998) o del *Sobre el juego* de Javier Echeverría (1980); de la misma manera, la *Psicología del jugador de ajedrez* de Reuben Fine (1974) a menudo tardo en encontrarlo porque olvido que lo he colocado en la sección de psicoanálisis²⁰. Lo que esto sugiere es que hasta la propia unidad «Biblioteca de ajedrez» es problemática y me temo que puede generar consecuencias sobre las secciones en que he resuelto amontonarla, pues parece sostenerse sobre una unidad previa de la que ahora sospecho. Como no se consuela el que no quiere, acudo a Leibniz,

²⁰Quizá porque no quiero alejarlo del estudio pionero de Ernest Jones, 1931.



que de todo supo:

aquellos que ordenan una Biblioteca, a menudo no saben dónde colocar algunos libros, vacilando entre dos o tres lugares igualmente convenientes²¹.

Algunos ejemplos

Sin embargo, si ni siquiera soy capaz de alcanzar certidumbre en torno a esto, ¿cómo serlo para lograrla en torno a la relación entre el ajedrez y la filosofía? No es ya que el concepto de filosofía sea difuso, sino que la mirada sobre el ajedrez se me contamina de imprecisión. En estas circunstancias, ¿cómo hacer para proyectarse sobre el mismo?

Lo único que se me ocurre para salir del tal altercado es relatar brevemente algunos ejemplos (cuatro, por no cansar) de esas proyecciones llevadas a cabo por mí mismo, su sentido y a cuento de qué. De hecho, son asuntos que todavía están en fase de elaboración o que merecen una reconsideración.

***Excursus* lexicográfico**

En el verano del año 2010 asistí en Baeza (Jaén, España) a un curso de tecnificación en ajedrez en la Universidad Internacional de Andalucía (UNIA). El principal ponente fue el gran maestro Francisco Vallejo Pons, ya por entonces el mejor jugador español. Al escribir estas líneas (octubre de 2022), compruebo que tiene actualmente una puntuación Elo de 2716 (más o menos la misma que tenía hace doce años), lo que le sitúa en el puesto 30.º del mundo. Mi aprovechamiento puramente ajedrecístico fue escaso pero a cambio

²¹G. W. Leibniz, 1977, Libro IV, cap. XXI.



descubrí que Vallejo utilizaba profusamente una jerga ajedrecística peculiar que no siempre comprendía. Cuando lo comenté con los compañeros del curso, me di cuenta de que también a ellos se les escapaban muchas expresiones, con ser jugadores fuertes o muy fuertes (maestros Fide, algunos con normas de maestro internacional, etc.). Como quiera que ello fuese aquello me dio la idea para armar un diccionario con estas expresiones que los ajedrecistas descubren²², manejan y les sirven para orientar (consciente o inconscientemente) la acción en las partidas. Muchas de estas eran muy conocidas, pero con otras se daba la curiosa circunstancia de que su denominación era absolutamente desconocida no solo por jugadores fuertes pero aficionados, sino incluso por los grandes maestros con los que entablaba relación de higos a brevas, lo que me llevó a preguntarme por la conveniencia incluso de mi propio trabajo, pues si la expresión no se conocía, ¿cómo podía servir para orientar la acción²³? El caso es, no obstante esta objeción, que a partir de mis lecturas, más o menos sistemáticas, fui recopilando multitud de ejemplos²⁴. De esta

²² «Cual si se tratara de obras filosóficas, algunas partidas señalan el descubrimiento de un concepto: será el de la cadena de peones, o el del par de alfiles, o el dominio del centro desde el *fianchetto* o el *Zugzwang* o simplemente la torre en séptima» (Echeverría, 1993).

²³La objeción es todavía mayor si tenemos en cuenta lo siguiente. No es solo que tal expresión se conozca o no, pues podría ocurrir que se posea el concepto (o el percepto) pero no el término, sino que el concepto no es capaz de decir el momento en que debe ser aplicado. Es más, esto es, *sensu stricto*, inenseñable (aun cuando se vaya aprendiendo). Figuraciones de este problema mayúsculo podemos encontrarlas en la *Crítica del Juicio* de Kant, al menos en la interpretación que de ello ha dado José Luis Pardo (cfr. 2004, pp. 103-104).

²⁴En esta tarea (inconclusa) conté con la ayuda de mi querido amigo José Manuel Villar. Más tarde conocí a Francisco José Fernández Barrera,



manera, expresiones poco conocidas como tacticismos del tipo de la «picadura del escorpión» (Fischer), consideraciones heurísticas como el «principio de Znosko-Borovsky» o la «directriz de Minev», maniobras como el «lanzamiento» (Tal) o la «ampliación» (Aagaard), incluso denominaciones tan enigmáticas como «puntos muertos» o «vibración del tablero» (ambas del genial Tartakower). Al mismo tiempo, algunas mucho más divulgadas como «caballo de Pillsbury», «pedir explicaciones al alfil», «fantasma/centinela» (Nimzowitch), «matar el color» o «Regla de McDonald». No es el lugar para referenciar todo este trabajo, pero de muestra del mismo sirva el botón siguiente.

Supongamos que queremos averiguar la razón de que al Caballo de Dama blanco se lo denomine el *caballo perezoso*. Supongamos que averiguamos que es una denominación que empleaba a menudo el gran maestro David Bronstein. A partir de esas comparencias, intentemos saber a qué se refería. Mediante la misma se pretendía insistir en las dificultades de desarrollo que esta pieza tiene en algunas aperturas, preferentemente abiertas, aunque no siempre. Estas dificultades tienen que ver con dar con el momento óptimo para ocupar su destino ideal, es decir, la casilla d5 a partir de la casilla c3 (como en la partida Bronstein vs. Kaem, Campeonato de Ucrania, 1939, donde se optimizó tal maniobra). De hecho, a propósito de un gambito de rey que jugó contra Ilya Kan en el Campeonato de la URSS de 1945, Bronstein dice explícitamente: «la aparición del caballo perezoso sirve para mantener incierta la

talentísimo jugador semirretirado y reflexivo como pocos, y discutí con él algunas de las entradas. Me obligó a perfilarlas mejor y a prestar atención a otras que había descuidado.



posición»²⁵. *Testis unus, testis nullus*, así que sigamos buscando. Aquí va otra. El propio Bronstein, jugando con negras contra una apertura inglesa (A13), planteada por S. Palatnik (Campeonato de la URSS, Tiflis, 1973), comenta tras las siguiente jugadas: 1. c4-c6 2. Cf3-d5 3. g3-d4: «intentan retrasar el desarrollo del caballo perezoso de b1»²⁶. Consideraciones parecidas están detrás de algunos comentarios suyos en torno a la variante abierta de la Ruy López, en este caso jugando contra Korchnoi (Campeonato de la URSS por equipos, Leningrado, 1962). Por último, en alguna ocasión hemos comprobado que también llamaba *perezoso* al Caballo de Dama negro, aunque por causa de un desperezamiento apresurado que se produce en una variante de la defensa francesa tras 1. e4-e6 2. d4-d5 3. Cd2-Cc6 (*cfr.* Bronstein, vs. Szabo, Torneo interzonal, Saltsjobaden, 1948), movimiento que Bronstein aprovechaba para condenar.

En cuanto al origen de la expresión, hemos encontrado un precedente que probablemente tenga su origen en Alekhine. En efecto, comentándose la famosa partida Capablanca vs. Marshall (Nueva York, 1918), en razón de la jugada 32.^a de las blancas, se dice entre exclamaciones: «¡Un poco perezoso ha resultado este Caballo, pero todavía llega a tiempo para cumplir su deber!»²⁷. A mi juicio, esto indica que esta impresión de pereza se encontraba latente por la época. Si Bronstein pudo saber algo de todo ello, lo desconozco, pero no sería extraño que le hubiera llegado noticia de que, a propósito de su partida con Lilienthal (Moscú, 1944), en este

²⁵Bronstein, 1973.

²⁶Bronstein & Fürstenberg, 1999, p. 227. Otra mención parecida en la página 51.

²⁷Aguilera & Pérez (bajo la dirección de A. Alekhine), 1984, vol. II, p. 36.



misma obra (dirigida por Alekhine) se diga: «Un caballo perezoso para entrar en la lucha, pero que sabe hacerlo en el momento más adecuado y eficaz»²⁸.



Posición tras 32.Cxc3

Capablanca vs Marshall (Nueva York, 1918)

Excursus lógico

Es sabido que el ajedrez suele ser utilizado como metáfora a la hora de dar cuenta de la naturaleza de los sistemas formales. El asunto ha sido estudiado y se pueden confirmar rastros de esos usos en Kant, en Frege, así como en matemáticos de la época como Thomae y Heine, incluso Husserl²⁹. El recurso se extendió y generalizó, por lo que no es difícil encontrarla en conocidos manuales de lógica

²⁸Aguilera & Pérez (bajo la dirección de A. Alekhine), vol. II., p. 126.

²⁹Cfr. Fernández, 2010, pp. 189 y ss.



como el de Manuel Sacristán o Alfredo Deaño, pero también en alguna obra de Javier de Lorenzo o en *El teorema de Gödel* de Nagel & Newman, entre muchas otras³⁰. La idea es relativamente simple. Piezas y casillas serían los signos elementales de un cálculo; las posiciones iniciales, los axiomas; las subsiguientes, teoremas; las reglas del juego, las reglas de inferencia o deducción.



Juegan blancas y dan mate en cuatro jugadas

En este sentido, el famoso problema de Lord Dunsany suele ser una piedra de toque. No es casualidad que tal delicadeza haya llamado la atención de algún filósofo³¹, pues, al trastrocarse completamente las piezas (en verdad, el trastrueque afecta también a la forma convencional de presentar un tablero), se volvía incomprensible su resolución, dado que tendía a tomarse como axioma lo que solo era

³⁰Cfr. Sánchez-Mazas, 1953, pp. 184-191.

³¹Cfr. Sorensen, 2007, pp. 101-102.



teorema, cuando desde el punto de vista de las reglas de inferencia (es más, desde ningún punto de vista) no había nada extraño.

Pues bien, se suele admitir que un sistema formal tiene tres características: consistencia, decidibilidad y completitud. Si nos tomamos en serio la metáfora del ajedrez en este contexto, entonces cabría investigar si el juego del ajedrez es consistente, decidible y completo. En otras palabras, habría que demostrar que el normal desarrollo del juego no genera inconsistencias, es decir, que el conjunto de las jugadas es consistente o que no genera contradicciones. Con un ejemplo: que si estamos dando jaque al rey contrario entonces no pueda ser al mismo tiempo que no lo estemos dando (por eso mover sin atender al jaque es imposible). En cuanto a la decidibilidad, tiene que ver con que dispongamos de un procedimiento finito para justificar cualquier posición a partir de las reglas del juego (y de ahí que cuando un caballo da un salto excesivo, queriendo o sin querer, percibamos inmediatamente lo injustificado de la posición resultante)³². Por último, la completitud haría referencia a que para cada posición concreta del juego o bien se puede demostrar que es un teorema o bien que no lo es. El juego sería incompleto si nos encontráramos con una posición con la que no hubiera manera ni de demostrar que es legal ni que no lo es. Para admitirla dentro del sistema tendríamos que convertirla en axioma, con el peligro de que más adelante nos encontráramos con otra posición que a su vez habría que convertir en axioma.

³² Este es el sentido de muchos de los acertijos que relata Raymond Smullyan en sus libros, verbigracia, *Juegos y problemas de ajedrez para Sherlock Holmes*, 1986.



Excursus pedagógico

Las virtudes pedagógicas del ajedrez no dejan de ser alabadas en estos últimos tiempos. Se sostienen sobre un preliminar: la noción de *transferencia*. Con ella se quiere justificar las aplicaciones del juego en la educación. La cosa ha resultado tan exitosa que numerosas derivaciones han surgido a partir de este mismo tronco (ajedrez terapéutico, ajedrez social, etc.). Se han señalado beneficios y virtudes varios que se han convertido en una suerte de panacea que pocos se atreven a discutir³³, aun cuando podamos recordar opiniones en sentido contrario de Benito Jerónimo Feijoo, Miguel de Unamuno o Santiago Ramón y Cajal. En cualquier caso, con la noción de transferencia se pretende defender que las habilidades, competencias y saberes en general que la práctica del ajedrez proporciona redundarían provechosamente en ámbitos alejados de esta: competencia lingüística, matemática, personal y social, ciudadana, digital, sin que debamos esperar mucho para que también quede demostrado que redundan beneficios sobre una competencia emprendedora³⁴ y (¿por qué no?) otra ecológica o medioambiental³⁵. Con independencia del esfuerzo y tesón que muchos están efectuando al respecto, la duda que no obstante todo

³³El más beligerante en este sentido es el maestro internacional y psicólogo suizo Fernand Gobet. Véase la entrevista incluida en el libro de Leontxo García, *Ajedrez y ciencia, pasiones mezcladas*, 2013.

³⁴Como texto que podría remar en este sentido, el de Miguel Illescas, *Jaque mate (Estrategias ganadoras para tu negocio)*, 2012. Mucho menos interés tiene el de Enrique Cobos Urbina, *Zugzwang: ¿quién mueve? (Lo que el ajedrez aporta a la comunicación de crisis)*, 2012.

³⁵Si a alguno le parece exagerada la cosa, hago saber que el VI Congreso Internacional Expochess (2021) llevaba por título «Ajedrez y valores medioambientales».



ello me suscita es que la naturaleza del juego del ajedrez se ve afectada por estos voluntariosos intentos. No es solo que la estructura psíquica del jugador de ajedrez, al decir de Reuben Fine, sea «sádico-anal» (cuestión en la que no sería demasiado conveniente insistir) o que haya evidentes recompensas libidinosas (a menudo difíciles de gestionar), sino que la naturaleza agonística del juego, por aprovechar la caracterización de Roger Caillois³⁶, se borra por completo. Este borrado bienintencionado se produce porque es preciso eliminar de la dimensión educativa todo lo que involucre competición, es decir, violencia y sometimiento, aun cuando sea una violencia simbólica, es decir, ejercida sobre signos (las piezas del ajedrez). No puedo dejar de pensar que proyectarse así sobre un ajedrez obliterado no puede sino falsear el juego y sus posibilidades, por muy buenas razones que se aduzcan. Casi se podría decir que se lo traslada desde lo agónico (*Agon*) hacia lo mimético (*Mimicry*), esto es, en vez de que cada conciencia busque la muerte de la otra, que diría brutalmente Hegel, convertir a los jugadores en representantes de un papel previamente estipulado en aras de una colaboración: en vez de jugar al ajedrez *jugar a jugar al ajedrez*. En este sentido, decía Rafael Sanchez Ferlosio con sarcasmo que no acertaba a comprender por qué no se promocionaba el juego de la oca en los colegios («de oca a oca y tiro porque me toca»), pues no dejaba de ser una «bellísima alegoría del camino del alma hacia la salvación»³⁷, cosa que no se puede decir del parchís (y, *a fortiori*, del ajedrez) por su antagonismo feroz y su lucha despiadada. Pero quizá lo importante no sea eso, sino el que se vulnere la noción misma de *juego*, pues deja de tener su

³⁶Cfr. Caillois, 1967.

³⁷Cfr. Sánchez Ferlosio, 2015.



finalidad en sí mismo y por tanto deja de ser un espacio (y un tiempo) de libertad (la que se deriva de someterse voluntariamente a ciertas reglas) para pasar a ser otra cosa, conveniente y oportuna, provechosa tal vez, pero otra cosa.

Excursus lingüístico

Si la metáfora del ajedrez aplicada a los sistemas formales fue eminentemente exitosa, algo parecido puede decirse de esta aplicada al lenguaje³⁸, aunque en cierto sentido los lingüistas se han mostrado algo más reacios (que los lógicos) a aceptar del todo la sugerencia de Ferdinand de Saussure, que es quien la invocó en su *Cours de linguistique générale* (1916) para quitarse de encima entre otras cosas las representaciones organicistas (la lengua como organismo) con que solía ilustrarse tal cuestión a finales del siglo XIX y principios del XX. Pero, dejando de lado ahora esto, cabe ensayar otra vez una proyección. Cabe preguntarse por ejemplo cuál es la unidad mínima ajedrecística (por analogía con fonemas y monemas) y si hay otras unidades por encima. La primera cuestión parece fácil de responder. La unidad mínima sería la jugada (aunque en la jerga ajedrecística se habla a veces de *media jugada*, entendiéndose que la jugada estaría compuesta de dos medias jugadas, la que correspondería al movimiento del jugador que lleva blancas y la del de negras, pero da la impresión de que es una cuestión contaminada por la necesidad de ordenar los movimientos de la partida).

³⁸Cfr. Fernández, 2022, pp. 167-183.



Juegan blancas y dan mate en media jugada

Es muy curioso cómo algunos problemas de ajedrez juegan con esta imposibilidad de ir más abajo de esta unidad mínima. En el diagrama se comprueba que la solución del problema pasa por que a las blancas solo les resta completar el enroque largo (0-0-0), es decir, el rey blanco se encontraba en la casilla e1 y falta colocar la torre blanca en d1. Jaque mate (#). No es que sea mate en media jugada, como dice el enunciado del problema, sino que se ha dividido en dos de manera ilegítima, tal vez porque no se comprenda que las condiciones de realización de la jugada nada tienen que ver con su significación ajedrecística. Problemas parecidos se encuentran con lances del tipo de la captura al paso o de la coronación, pues los problemistas se aprovechan con ingenio de las duplicidades materiales (las condiciones de la realización) que encuentran al efectuar la jugada correspondiente

Mayor importancia teórica tiene averiguar si se pueden encontrar unidades superiores y de qué clase. Algo análogo a lo que serían sintagmas o a frases (o palabras, desde otro punto de vista, *pace*



Wittgenstein). Los posibles candidatos deberían poder ser aislados, esto es, aislar por ejemplo un conjunto de jugadas para configurar un patrón del tipo del *fianchetto* o una «estructura de Carlsbad» o un «muro de piedra» o, desde otro punto de vista, para efectuar una combinación cualquiera (*petite combinaison*, llamaba Capablanca a las secuencias que buscaban una ventaja posicional o estratégica y *grande combinaison* a las que buscaban dar jaque mate), construir una configuración predeterminada («pistola de Alekhine»: es decir, dos torres por delante de la dama sobre una columna cuando el objeto de ataque no es el rey) o entrar en un final técnico del tipo torre y peón contra torre («el puente de Lucena» para ganar o la «posición de Philidor» para empatar o entablar).



Pistola de Alekhine

Alekhine vs. Nimzowitch, San Remo, 1930

Sin embargo, a menudo las dificultades para conseguir aislar estas secuencias de jugadas son enormes. Básicamente por dos razones. La primera, porque son dos los jugadores, por lo que las pretendidas



unidades sintagmáticas o frasísticas no pueden emanciparse de las respuestas del rival. ¿No declaraba Alexander Alekhine su frustración porque tenía necesariamente que contar con su rival para poder llevar a cabo sus combinaciones? ¿No decía Mikhail Tal que él solo era coautor de sus partidas? La segunda, porque no siempre es fácil saber ni dónde empieza ni dónde acaba tal presunta unidad. Mi amigo Pedro Redondo Reyes³⁹ suele decir, entre veras y burlas, pero es que no le falta razón, que la partida Rubinstein vs. Schlechter (San Sebastián, 1912), un glorioso gambito de dama rehusado (D41), constituye una sola unidad sintáctica que empieza en 1.d4 y acaba en 39. Rg6, es decir, una unidad que incluiría la partida entera. El triunfo hipotáctico.

De hecho, hay muchos más problemas adheridos de los que no se puede sino avisar. Solo mencionaré uno. Por ejemplo, Miguel Sánchez-Mazas se daba cuenta de que la linealidad unidimensional del lenguaje (sonido tras sonido) chocaba con juegos bidimensionales como el ajedrez o el álgebra (aunque no, curiosamente, el juego de la oca) o la escritura musical, de tal forma que, por continuar porfiando en la metáfora ajedrecística aplicada al lenguaje, especulaba incluso con un ajedrez lineal, convirtiendo lo temporal del lenguaje en una sola dimensión espacial:

Así, por ejemplo, sería un juego de niños transformar las reglas del ajedrez, de manera que éste pudiera jugarse no ya en un tablero de 8 por 8 casillas, sino sobre una larga cinta de 64 casillas colocadas unas detrás de otras, en la que los sucesivos segmentos de ocho casillas cada uno correspondientes a las antiguas filas del tablero (y

³⁹En un reciente trabajo suyo, las consideraciones lingüístico-ajedrecísticas están a la orden del día (*cf.* Redondo Reyes, 2022).



que llamaremos «octavas») figuran alineados.⁴⁰

La penosidad del juego resultante, en el sentido de que confuso y difícil de jugar, como reconoce el propio autor, le llevaba a admirarse de cómo los lenguajes naturales eran capaces de administrar su complejidad (para la que entiende que harían falta varias dimensiones⁴¹) en una única dimensión. En cualquier caso, nada encuentro aquí que me haga ver que podríamos contemplar unidades mayores que la de la jugada.

Así las cosas, especulo por mi parte con que tales unidades no serían propiamente lingüísticas, sino más bien discursivas (valga en lo que valga esta distinción), es decir, del tipo del párrafo, del epígrafe, del capítulo (¿no dividen convencionalmente los ajedrecistas las partidas en apertura, medio juego y final?⁴²), pero resulta que tales divisiones son difusas como pocas y no hay manera, o al menos yo no la conozco, de alcanzar un mínimo de precisión al manejarlas. Por otro lado, no deja de torturarme no ser capaz de explicarme la intuición que algunos jugadores (Reti ⁴³ , Kasparov ⁴⁴) han manifestado en el sentido de que aprender a jugar al ajedrez es como adentrarse en un idioma extranjero (sí, ¿pero qué es lo que se aprende exactamente?). Esta claro que están reconociendo significados a la par que la forma de emplearlos. Por eso algunos

⁴⁰Sánchez-Mazas, 1966.

⁴¹«Sin embargo, hay razones para sospechar que eso es precisamente lo que realizan todos los días los lenguajes naturales, traduciendo a forma lineal superficial estructuras profundas que son pluridimensionales» (*ibidem*).

⁴²Algunos teóricos han llamado la atención sobre una posibilidad: la de una fase entre el medio juego y el final. *Cfr.* Razuvaiev & Nesis, 1997.

⁴³*Cfr.* Reti, 1982, p. 161.

⁴⁴*Cfr.* Kasparov, 1990. p. 29.



hablan de palabras ajedrecísticas (Kühnmund ⁴⁵, incluso de *morfemas*) y hasta contabilizan el monto total que un gran maestro manejaría: unas cincuenta mil, que se dice pronto.

Quod nihil scitur

Todas estas especulaciones me llevaron su tiempo en su momento. Disfruté reflexionando sobre ellas y ahondando en posibles soluciones. Al traerlas otra vez aquí no he podido sino volver a experimentar la relevancia de estos problemas así como mi poca sagacidad para resolverlos, pues algunas se quedaron en el camino y otras se volvieron solo promesas. No obstante, mi objetivo aquí es otro, porque de algo estoy seguro. Nunca me preocupó lo más mínimo el lugar desde el que ejercía mi pobre pensamiento. Por decirlo así, la magnitud de los problemas se imponía a su relevancia filosófica. Me parecía, además, que la honradez intelectual consistía en desentrañar algo, se consiguiera o no, y no tanto la honra del lugar desde el que se realizaba tal operación. En otras palabras, cuando me empecé a ocupar de ellos, lo último en lo que pensaba era en si constituían problemas específicamente filosóficos o sencillamente problemas. Problemas, en todo caso, que me obligaron a hacerme con conocimientos de tipo lexicográfico, lógico o metamatemático, pedagógico, lingüístico, entre otros muchos (jurídico⁴⁶, artístico⁴⁷, incluso biológico⁴⁸) que el venero inagotable del ajedrez exige y que aquí se han dejado provisionalmente al margen. En este sentido, conozco pocos asuntos que permitan un tratamiento conspectivo de tal calibre. Así las cosas, lo importante

⁴⁵Cfr. Pachman & Kühnmund, 1982, p. 84.

⁴⁶Cfr. Perán Quesada, 2018.

⁴⁷Cfr. Williams, 2001.

⁴⁸Cfr. Corzo Suárez & Paredes Olay, 2000.



no es que la filosofía tenga algo que decir algo al respecto del ajedrez, es que el ajedrez puede ayudar a la filosofía a ponerse en claro. Sobre esta inversión paradójica es preciso enroscarse. En mi caso, como a fin de cuentas no he renunciado del todo a la vieja metáfora del océano con que Leibniz intentaba convencer de la continuidad de los saberes⁴⁹, esta capacidad que el ajedrez tiene para proyectarse sobre tal cantidad de ámbitos no puede dejar de recordarme tal exigencia. Me permite soñar con una continuidad y unos vínculos que en otros lugares resulta sumamente dificultoso encontrar. Me permite asimismo desalojarlo de su dimensión metafórica (cosa que el pentatlón de los antiguos seguía siendo) y tomarlo verdaderamente en serio, pues tomando en serio a este tomo en serio también a esta. Claro está que la seriedad de un juego, es cierto, pero no estaría de más recordar en este sentido algo que Ortega y Gasset refirió alguna vez; a saber: lo que Platón mencionaba en el último de sus libros:

*Léase a Platón en las Leyes (página 820 c-d), por tanto, cuando al fin de su larga vida, espuma su inmensa experiencia filosófica y científica: «¡Quién sabe! Tal vez el ajedrez (πεττεία) y las ciencias no son cosas diferentes».*⁵⁰

⁴⁹Cfr. Fernández, 1998, *passim*.

⁵⁰Ortega y Gasset, 2021, p. 352. Que Ortega traduzca *πεττεία* por ajedrez es tan incorrecto como significativo. De hecho, en la vieja edición de Paulino Garagorri de este mismo libro se lee «chaquete» (un juego de tablero de estrategia) en vez de ajedrez (cfr. Ortega y Gasset, 1979, p. 312). Es de sospechar que Ortega tenía en mente estas palabras de Leibniz: «Me siento inclinado a creer que los antiguos griegos y romanos



En resolución, que si aquí hay algo de filosofía, si a lo largo de estas páginas algo relativo a la filosofía ha tenido lugar, tal cosa habrá ocurrido porque no se sabía que se estaba haciendo.

Bibliografía

- R. Aguilera & F. J. Pérez (bajo la dirección de A. Alekhine) (1984). *Ajedrez hipermoderno*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2 vols.
- René Alladaye (2005). *Petite philosophie du joueur d'échecs*, Cahors, Milan.
- Aristóteles (1990). *Retórica*, edición de Quintín Racionero, Madrid, Gredos.
- Fernando Arrabal (1994). *Crónicas de ajedrez*, traducción de C. Feliu & G. Fraga, Barcelona, Alta Fulla.
- Alain Badiou (1989). *Manifeste pour la philosophie*, Paris, Seuil.
- Alain Badiou (2010). *Second manifeste pour la philosophie*, Paris, Flammarion.
- Lars Bo Hansen (2007). *Fundamentos de la estrategia ajedrecística (Aplicación de los métodos de negocios al ajedrez)*, traducción de Antonio Gude, Madrid, La Casa del ajedrez.
- E. Bonsdorff, K. Fabel & O. Riihimaa (1974). *Ajedrez y*

tuvieron un cierto juego real, pero no parece que fuera similar al ajedrez, que procede de Oriente, quizá después» (Leibniz, 1997, p. 439).



Matemáticas, traducción de A. Puig, Barcelona, Martínez Roca.

- Émile Borel (1921). «La théorie du jeu et les équations intégrales à noyau symétrique gauche», *Comptes rendus des séances de l'Académie des Sciences*, Juillet-Décembre, tome 173, pp. 1304-1308.
- David Bronstein (1973). *200 partidas abiertas*, traducción de A. Puig, Barcelona, Editorial Martínez Roca.
- David Bronstein & Tom Fürstenberg (1999). *El aprendiz de brujo*, traducción de K. D. Haines & F. M.^a Pérez Ramos, Madrid, Editorial Paidotribo.
- José Brunet y Bellet (2005). *El ajedrez. Investigaciones sobre su origen*, Barcelona, Editorial Hispano Europea, 2005 (edición facsimilar de la de 1890).
- Roger Caillois (1967). *Les jeux et les hommes: le masque et le vertige*, Paris, Gallimard.
- Ricardo Calvo (1997). *Lucena: la evasión en ajedrez del converso Calisto*, prólogo de Fernando Arrabal, Ciudad Real, Perea ediciones.
- Ernesto Castro (2022). *¡El gran Pan ha muerto! Palimpsestos todológicos*, Valencia, La Caja Books.
- Jacobo de Cessolis (2006). *El juego del ajedrez*, edición de M.-J. Lemarchand, Madrid, Siruela.
- William Cluley (1857). *The philosophy of chess* Londres, Kessinger Pub, edición facsimilar.



- Enrique Cobos Urbina (2012). *Zugzwang: ¿quién mueve? (Lo que el ajedrez aporta a la comunicación de crisis)*, Pamplona, Ediciones Eunete.
- Raúl Corzo Suárez & Francisco Javier Paredes Olay (2000). «Algoritmos genéticos: la evolución como modelo matemático», *Suma*, 35, pp. 15-20.
- Jacques Dextreit & Norbert Engel (1984). *Jeu d'échecs et sciences humaine*, Paris, Payot.
- Colas Duflo (1997). *Jouer et philosopher*, Paris, PUF.
- Javier Echeverría (1980). *Sobre el juego*, Madrid, Taurus.
- Javier Echeverría (1993). «El ajedrez, por escrito», *Arc Voltaic*, 20, pp. 9-10.
- Mariano Ezcurra Gonzalvo (1950). *Filosofía del ajedrez*, prólogo del Dr. Rey Ardid, Zaragoza, Tip. La Académica.
- Francisco J. Fernández (1998). *El filósofo del océano*, presentación de Javier Echeverría, epílogo de Isabel Balza, Irún, Iralka.
- Francisco J. Fernández (2010). *El ajedrez de la filosofía*, Madrid, Plaza y Valdés.
- Francisco J. Fernández (2022). «El ajedrez de la lengua», incluido en *El resto de la idea*, Almería, Círculo rojo, pp. 167-183.
- Francisco J. Fernández (2024). *El fantasma de la deíxis*, presentación de Jon Baltza, Marbella, Algorfa.
- Francisco J. Fernández (2025). *El banquete de los*



atrabiliarios, presentación de Vicente Serrano, Madrid, Plaza y Valdés.

- Joaquín Fernández Amigo (2016). *Las transversalidades del ajedrez*, Balaguer, Balagium Editors.
- Reuben Fine (1974). *Psicología del jugador de ajedrez*, traducción de I. Gaos, Barcelona, Martínez Roca.
- Leontxo García (2013). *Ajedrez y ciencia, pasiones mezcladas*, prólogo de José Antonio Marina, Barcelona, Editorial Critica.
- Agustín García Calvo (1990). «Sugerencias del lenguaje escrito de reseña de partidas de ajedrez para ciertas cuestiones emprácticas y sintácticas», incluido en *Hablando de lo que habla. (Estudios de lenguaje)*, Madrid, Lucina, pp. 186-191.
- Ferrán García Garrido (2001). *Educando desde el ajedrez*, Barcelona, Editorial Paidotribo.
- José Antonio Garzón (2015). *El ajedrez del Virrey*, Valencia, Alemar editors.
- Joseph Harold Greenberg (1971). «Is language like a chess game?», incluido en *Language, Culture and Communication. Essays*, Stanford University Press, pp. 330-362.
- Joseph Huizinga (1998). *Homo ludens*, traducción de E. Ímaz, Madrid, Alianza Editorial.
- Miguel Illescas (2012). *Jaque mate (Estrategias ganadoras para tu negocio)*, Barcelona, Alienta Editorial.



- Ernest Jones (1931). «The problem of Paul Morphy. A contribution to the Psycho-Analysis of chess», *The International Journal of Psycho-Analysis*, vol. XII, January.
- Kant (2014). *Crítica de la razón pura*, edición de Pedro Ribas, estudio introductorio de José Luis Villacañas, Madrid, Barcelona, RBA.
- Garry Kasparov (1990). *Desafío sin límites*, traducción de F. V. Hevia, Madrid, Cúbicas.
- Garry Kasparov (2007). *Cómo la vida imita al ajedrez*, Madrid, Editorial Debate.
- Nikolai Krogius (1971). *La psicología en ajedrez*, traducción de A. Puig, Barcelona, Martínez Roca.
- G. W. Leibniz (1977). *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, edición de Javier Echeverría, Madrid, Editora Nacional.
- G. W. Leibniz (1997). «Nota sobre algunos juegos y en particular sobre un juego chino, sobre la diferencia entre el ajedrez y los ladrúnculos y sobre un juego naval de nuevo» (1710), *Antología*, edición de Javier Echeverría, Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 437-442.
- Ezequiel Martínez Estrada (2008). *Filosofía del ajedrez*, estudio preliminar de T. Alfieri, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional.
- José Ortega y Gasset (1979). *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, Madrid, Alianza Editorial, sexta edición.



- José Ortega y Gasset (2021). *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* edición ampliada a cargo de Javier Echeverría, Madrid, CSIC, segunda edición revisada.
- Ludek Pachman & Vas I. Kühnmund (1982). *Ajedrez y computadoras*, traducción de J. A. Bravo, Barcelona, Martínez Roca.
- José Luis Pardo (2004). *La regla del juego. Sobre la dificultad de aprender filosofía*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- Salvador Perán Quesada (2018), «La paradoja de Capablanca y las fuentes del Derecho», *Revista de la Facultad de Derecho* (Montevideo), n.º45.
- Platón (1985). *Diálogos socráticos*, edición, introducción y notas de Agustín García Calvo, Estella, Salvat.
- Diego Rasskin Gutman (2005). *Metáforas de ajedrez. La mente humana y la inteligencia artificial*, prólogo de Jorge Wagensberg, Madrid, La Casa del Ajedrez.
- Y. Razuvaiev & G. Nesis (1997). *El paso al final*, traducción de A. Villa, Madrid, Editorial Fundamentos.
- Pedro Redondo Reyes (2008). «El ajedrez», incluido en *Aproximaciones. Microensayos lúdicos de literatura comparada*, Barcelona, Paralelo Sur, pp. 259-279.
- Pedro Redondo Reyes (2022). *Minima philologica. Hacia una fundamentación filosófica de la filología clásica*, prefacio de Francisco J. Fernández, Murcia, Edit.um.
- Ricardo Reti (1982). *Los grandes maestros del tablero*, traducción de Julio Ganzo, Madrid, Editorial Fundamentos.



- Rafael Sánchez Ferlosio (1981). *Las semanas del jardín*, Madrid, Alianza.
- Rafael Sánchez Ferlosio (2015). *Campo de retamas. Pecios reunidos*, Barcelona, Random House.
- Miguel Sánchez-Mazas (1953). «Sobre el problema matemático del ajedrez», *Theoria*, n.º 3-4, pp. 184-191.
- Miguel Sánchez-Mazas (1966). «Lenguaje y matemática», *ABC*, 30 de enero de 1966.
- Josef Seifert (1989). *Schachphilosophie: ein Buch für Schachspieler, Philosophen und «normale» Leute*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft.
- Claude E. Shannon (1950). «Programming a Computer for Playing Chess», *Philosophical Magazine*, ser. 7, vol. 41, n.º 314, march.
- Raymond Smullyan (1986). *Juegos y problemas de ajedrez para Sherlock Holmes*, traducción de E. B. Casals, Barcelona, Gedisa.
- Roy Sorensen (2007). *Breve historia de la paradoja. La filosofía y los laberintos de la mente*, traducción de A. E. Álvarez y R. Orsi, Barcelona, Tusquets.
- George Steiner (2004). *Campos de fuerza*, traducción de M. Martínez-Lage, Madrid, La Fábrica.
- Hugo Vargas (2015). *Fianchetto (El ajedrez considerado como una de las bellas artes)*, Madrid, Editorial Trama.
- VV. AA. (1998). *Échiquiers d'encre. Le Jeu d'échecs et les*



Lettres (XIX-XX s.), dir. de Jacques Berchtold, prólogo de G. Steiner, Genève, Librairie Droz.

- VV. AA. (2005). *Cuentos de ajedrez. Alrededor de un tablero*, prólogo de Juan Pedro Aparicio, selección y comentario de partidas de David Vivancos Allepuz, Madrid, Editorial Páginas de espuma, 2005.
- VV.AA. (2008). *Philosophy looks at chess*, ed. de B. Hale, Chicago, La Salle Open Court Pub.
- Thierry Wendling (2002). *Ethnologie des joueurs d'échecs*, Paris, PUF.
- Ernst Zermelo (1913). «Über eine Anwendung der Mengenlehre auf die Theorie des Schachspiels», *Proc. Fifth Congress Mathematicians* (Cambridge, 1912), University Press, pp. 501-504.
- Gareth Williams (2001). *Jaque mate. El ajedrez: historia e iconografía de una pasión*, traducción de Carlos del Valle, Barcelona, Grijalbo.